



Fot. Garzón.

POSADA DE LA SANGRE

De la plaza de Zocodover, entrando por el Arco de la Sangre, se llega pronto a la Posada de la Sangre, célebre entre las antigüedades que aún restan en Toledo. Aunque poco de notable tiene la tal posada, con sus vetustas columnas y su corredor con balaustrada de palo al estilo de casi todas las de Castilla, sería así y todo un crimen arqueológico demolerla o modificarla, pues se da como seguro que en ella escribió Cervantes *La ilustre fregona* y se inspiró para la escena del *mesón del Sevillano*, nombre con el que también es conocida dicha posada, conservándose esta tradición, que ha llegado a tomar carácter casi oficial, habiéndose colocado, el año 1872, una lápida y el busto de Cervantes, para perpetuar el hecho. Felizmente conserva todavía el aspecto primitivo de la época de su construcción.



Fot. Garzón.

ALCAZAR DE TOLEDO

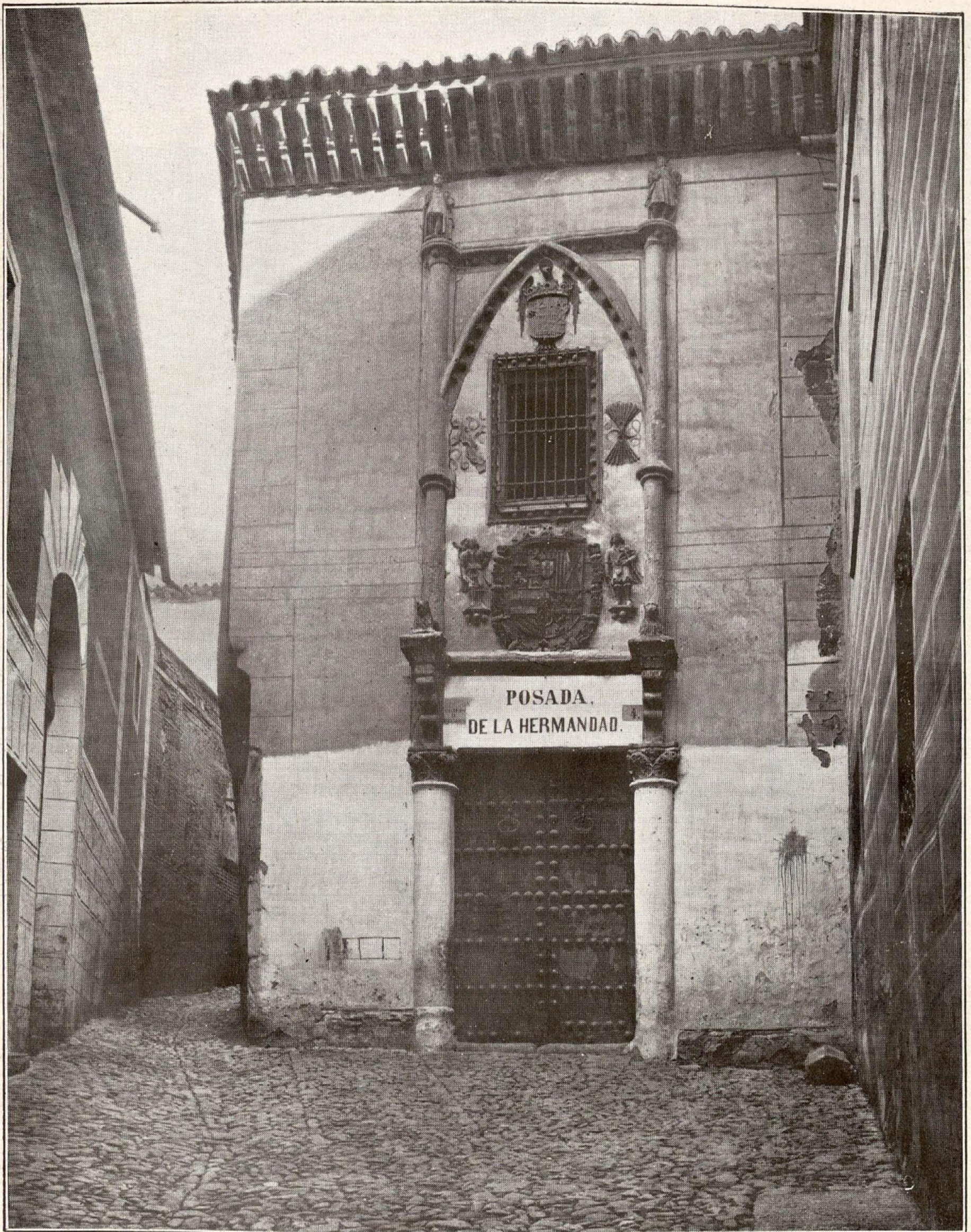
A poco el espectador se encuentra frente el Alcázar, que se eleva sobre la roca donde los romanos construyeron un castillo, que sirvió luego de ciudadela a los visigodos y a los árabes; pero reconquistada Toledo por Alfonso VI, dióle mayor extensión, como asimismo sus sucesores, y especialmente los Reyes Católicos; mas quien lo transformó, convirtiéndolo en monumental alcázar, fué Carlos I, encomendando la ejecución de su proyecto a Covarrubias. Puso fin a tan gigantesca empresa Felipe II, encargándose de la dirección don Juan Herrera, a quien se debe toda la fachada principal, hermoso conjunto arquitectónico entre el género plateresco y el greco-romano. En 1710 fué incendiado durante la guerra de Sucesión, siendo reconstruido en 1775 por el cardenal Lorenzana. En 1810 fué entregado también a las llamas por los franceses, y renovado en 1882, se estableció en él la Academia General Militar; pero en 1887 un nuevo incendio lo destruyó, y por tercera vez se procedió a su restauración.



Fot. Alguacil.

PATIO DEL ALCAZAR DE TOLEDO

Mediante cuatro escaleras se entra en el magnífico patio del Alcázar, trazado por Covarrubias en 1559. Constan sus cuatro frentes de dos preciosas galerías superpuestas, con columnas de orden corintio en el bajo, y compuestas en el alto, en cuyas enjuntas se ostentan las diversas armas de los dominios españoles. Un antepecho garantiza las galerías superiores, y otro más alto, que se posa sobre la cornisa general, corona vistosamente el conjunto. Tallada en bronce, y en un pedestal que se alza sobre cinco escalones, se ve la estatua del emperador Carlos I. ostentando en dos de las caras del pedestal las frases de aquél: *Quedaré muerto en Africa o entraré vencedor en Túnez; si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levantad primero a éste que a mí.* Las otras dos caras ostentan el escudo imperial y una corona de laurel.



Fot. Laurent.

POSADA DE LA HERMANDAD

Descendiendo por donde subimos al Alcázar, a poco encontraremos la Posada de la Hermandad, nombre de instituciones ya caducadas, que ilustraban en otro tiempo la ciudad. Peculiar de Toledo fué la creación de la Santa Hermandad, en tiempos de san Fernando, para exterminio de los malhechores, llegando a su apogeo en tiempos de los Reyes Católicos. A espaldas de la catedral, subsiste aún la prisión de aquel tribunal privativo, transformada hoy en posada de su nombre, mostrando en su adusta fachada uno de los más típicos ejemplares de las construcciones del siglo xv. Flanquean la puerta dos gruesas columnas con capiteles de lindo follaje, y en medio de otras dos que desde la cornisa de la portada se elevan casi hasta el techo coronadas por dos pequeñas figuras, ábrese un arco de aguda ojiva, debajo del cual, en el escudo de armas guardado por dos armados ballesteros, y en el nudo gordiano y manojos de saetas que formaron la divisa de Fernando e Isabel, veréis al par revelada la fecha y el destino de la obra.



Fot. Garzón.

VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL (TOLEDO)

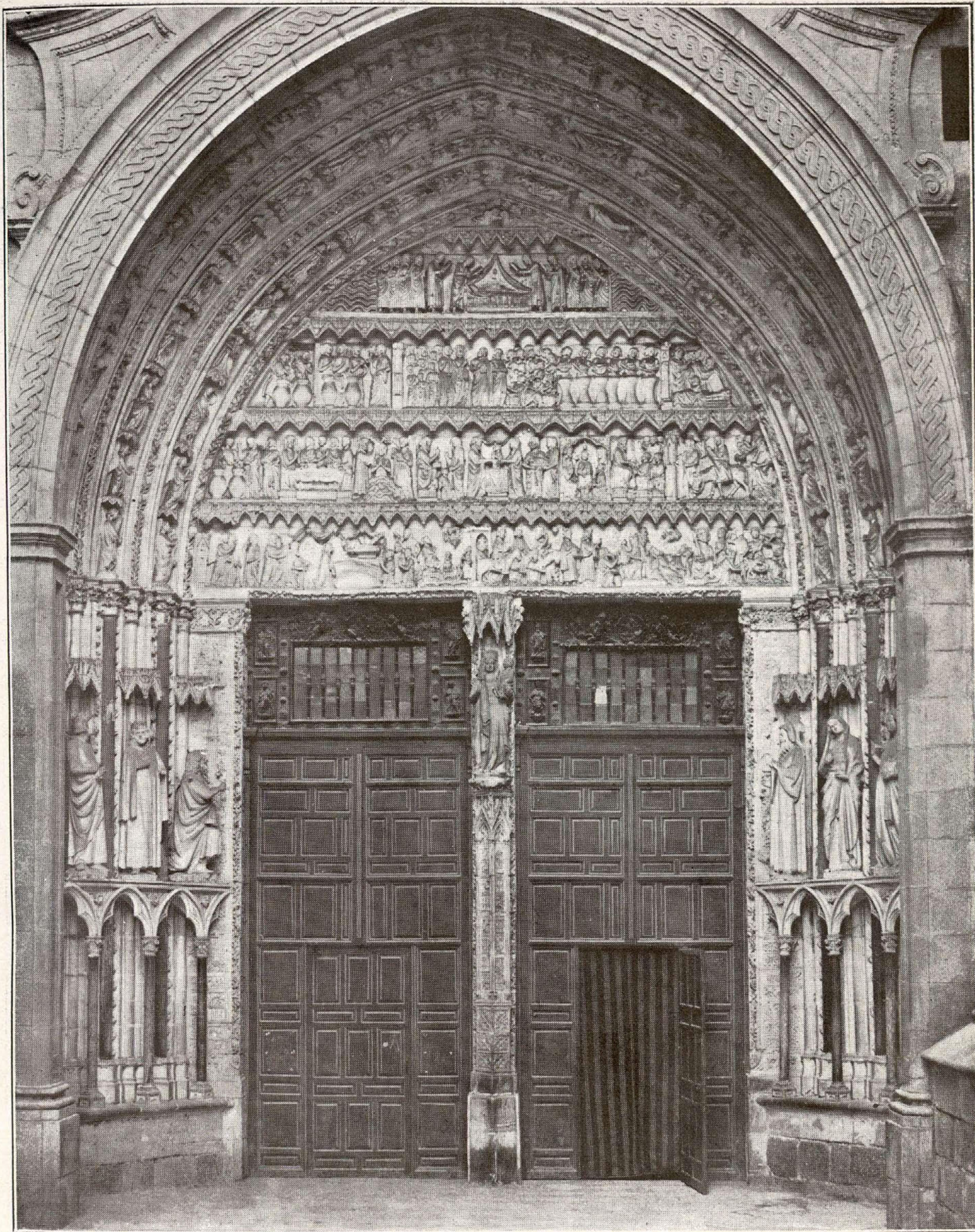
A poca distancia encontramos la catedral, admirable templo que ocupa el lugar de la mezquita destruída en tiempo de Fernando III, quien en 1227 puso la primera piedra, juntamente con el arzobispo don Rodrigo, terminándose sus obras en 1492. Al lado izquierdo de su fachada se yergue la majestuosa y cabelta torre; cuadrado y con dobles estribos en sus ángulos es el primer cuerpo, de gótica arquería y arcos aplanados y dos ventanas en semicírculo, con cornisa de modillones y calado antepecho. Desde allí, y entre cuatro agujas de crestería, sube en forma octógona el segundo cuerpo, con delicados pilares que flanquean sus aristas, sirviendo de remate a esta insigne construcción una piramidal aguja de feliz originalidad. Completa el conjunto de esta fachada, la capilla *muzárabe*, con su cúpula de piedra granítica y blanca cuajada de molduras, y con gótica crestería que, haciendo juego con la torre, limitan lateralmente su fachada.



Fot. Laurent.

FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL (TOLEDO)

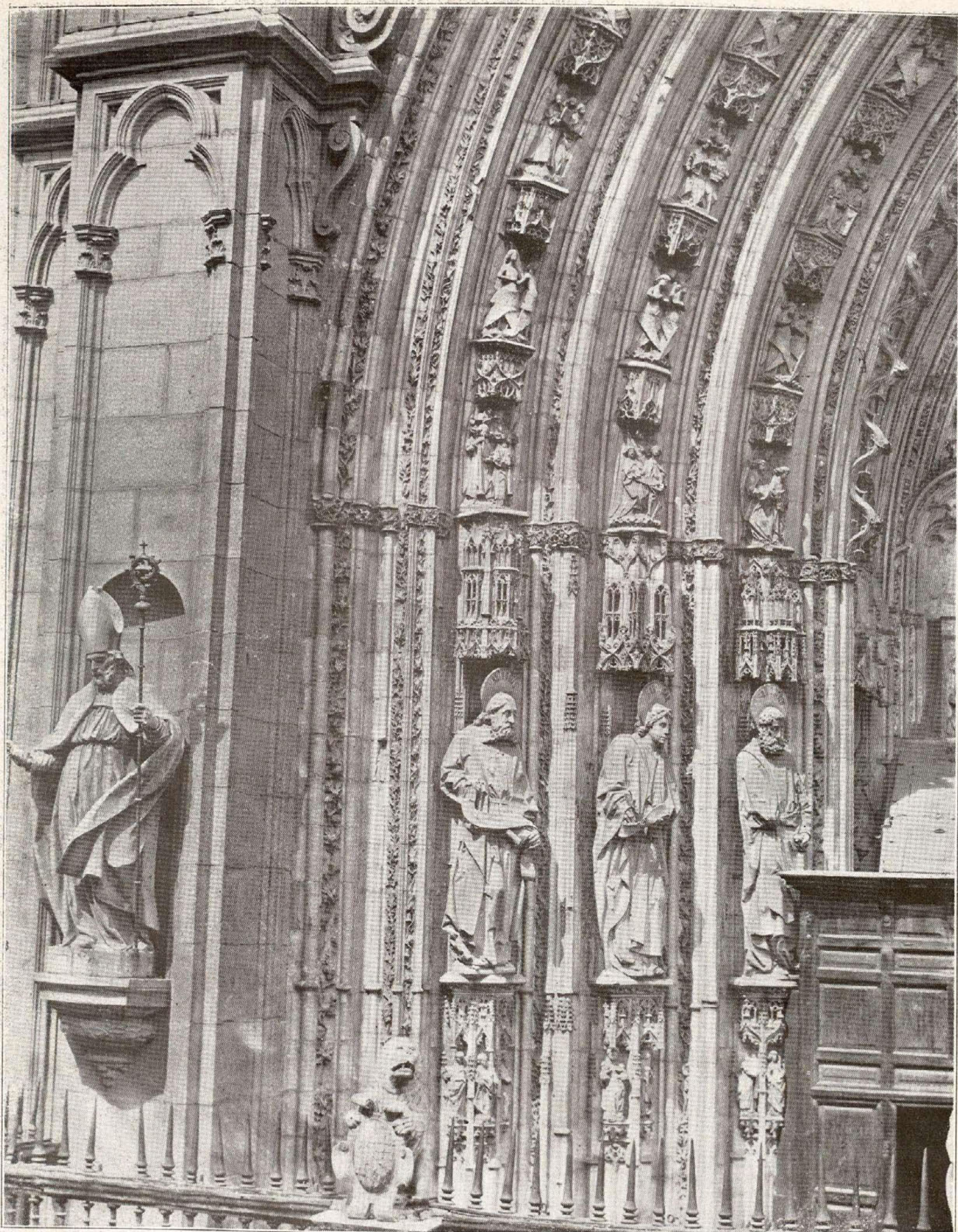
La fachada de esta catedral preséntase entre la torre y la capilla *muzárabe*, que avanzan cual dos baluartes. Dos contrafuertes o murallones adornados de estatuas en sus tres frentes, la dividen de arriba abajo en tres compartimientos ocupados por tres magníficas portadas. Digno de contemplación es aquel sinnúmero de doseletes y bellas figuras de ángeles, profetas y santos que revisten las ojivas menores de la puerta central, llamada del Perdón, como asimismo las imágenes severas de los doce apóstoles puestas a sus lados, y la del Salvador del mundo en la pilastra central. Del relieve esculpido sobre la puerta del lado derecho, tomó ésta el nombre del *Juicio*, y la otra el del *Infierno*, nada inferiores en belleza a la principal. Los nichos de la galería, que cobijan a cada lado cinco estatuas de reyes y santos, se abren en arcos de tres curvas, y el orden jónico de su tercer cuerpo lleva por remate una faja de calados arabescos.



Fot. Garzón.

PUERTA DE LA FERIA DE LA CATEDRAL (TOLEDO)

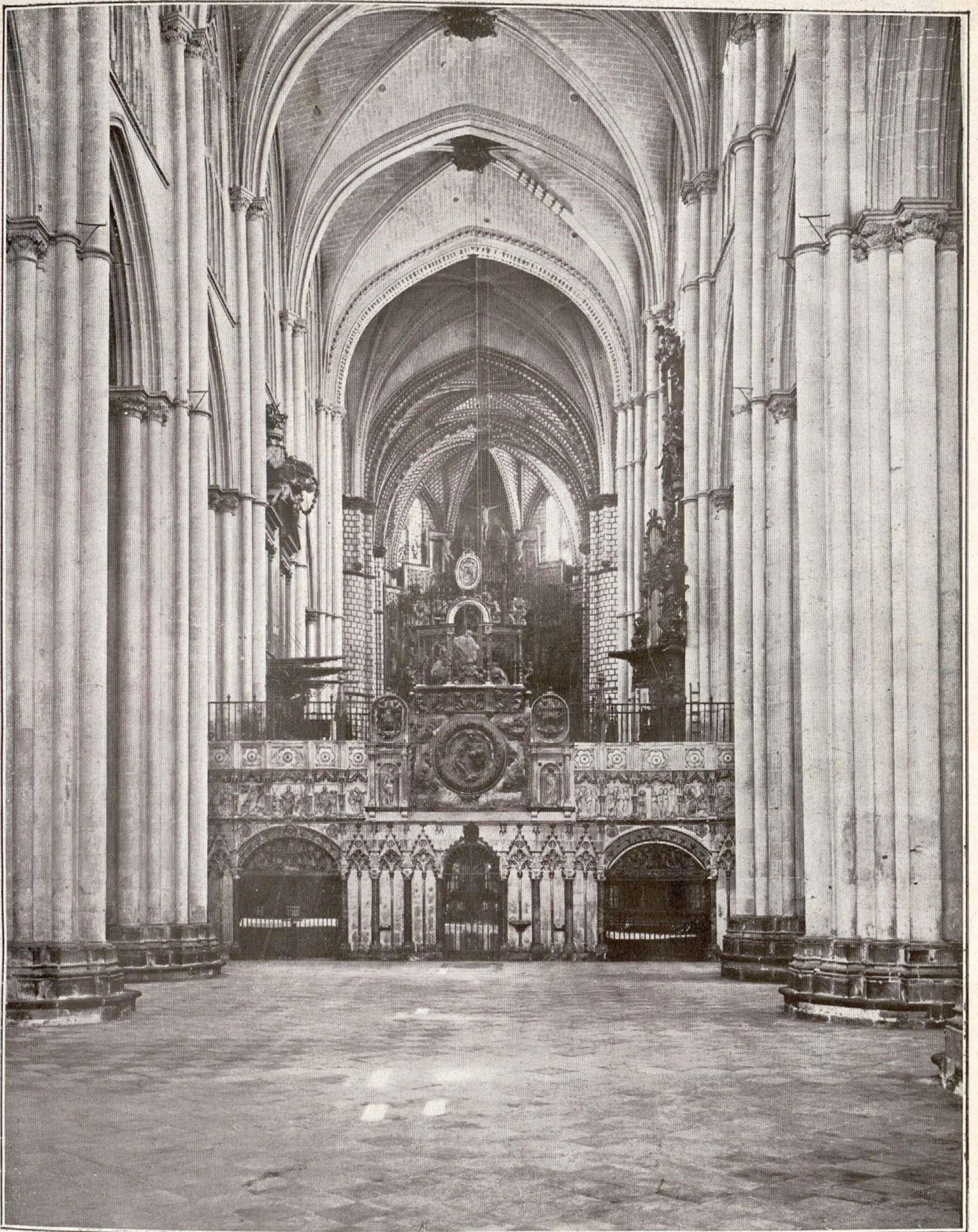
Entre las ocho principales puertas, todas ellas de indiscutible mérito arquitectónico, que tiene la catedral de Toledo, merece especial mención, la de la *Feria* o del *Relej*, llamada así por tener encima el de la catedral. Rudo aún e inexperto el arte gótico en el siglo XIII, cuando se abrió la grandiosa ojiva de esta puerta, cubriendo la archivolta exterior se ven en ella toscamente figuradas historias del Viejo Testamento, y en los tres arcos en degradación, multitud de ángeles y santos bajo doseletes; en el testero del fondo hay cuatro filas de relieves divididos por repisas, cuyas figuras, procesionalmente colocadas, aunque sin arte en los grupos ni proporción en las formas, tienen cierta belleza en el semblante y representan a su modo varios misterios de la Virgen y del Niño Dios.



Fot. Laurent.

FRAGMENTO DE LA PUERTA DE LOS LEONES DE LA CATEDRAL (TOLEDO)

Marca el refinamiento del arte gótico la Puerta de los Leones, pues florecía en toda su plenitud, belleza y lozanía la arquitectura gótica cuando se construyó (mediados del siglo XV). A los entalladores más excelentes del reino, bajo la dirección de Annequin de Egas, venido de Bruselas, débese esta sublime obra. Vástagos y hojas de inimitable gracia trepan entre los boces del gran arco; tipos de hermosura y pureza celestial ofrecen los ángeles que, formando grupos, ocupan los nichos o tabernáculos distribuidos en tres líneas por las archivoltas; grandeza y majestad respiran los seis apóstoles, sobre cuyos afligranados doseletes arrancan las ojivas. Sobresalen también, en los dos pilares salientes que flanquean la puerta, las estatuas de los santos obispos.



Fot. Garzón.

INTERIOR DE LA CATEDRAL (TOLEDO)

Heos aquí, por fin, dentro del grandioso templo: ved la anchurosa nave central, formando claro dosel sobre el coro, con espacioso crucero que cierra en ábside pentagonal la capilla mayor, dejando por ambos lados las segundas naves y las más pequeñas extremas, desplegando sus siete bóvedas y girando en semicírculo a espaldas del famoso santuario. Ved los majestuosos pilares revestidos de doce torneadas columnas que se apoyan sobre pedestales en un zócalo común y coronadas por un capitel de ligero follaje; eleváanse tres de ellas, esbeltas y ligeras, para servir de sostén de la bóveda superior, y quédanse a menos altura las nueve restantes, soportando los arcos y bóvedas laterales.



Fot. Laurent.

INTERIOR DE LA CATEDRAL Y TRASCORO (TOLEDO)

Cúbrese los muros que quedan entre las dos series de bóvedas, de brillantes vidrieras que dan majestuoso aspecto a la soberbia fábrica, y que arrojan profusa luz por 750 huecos de diversas formas, cubiertos con cristales de colores primorosamente combinados. Rodean el coro muros revestidos de columnas de jaspe con caprichosos capiteles, arcos ojivos de muy buen gusto, y una faja superior con 56 medallas que recuerdan el siglo XIV, estando repartidos en toda su extensión cuatro altares jónicos de mármol con estatuas de alabastro. La aguda y elegante ojiva se hace menos elevada y más anchurosos muros de las capillas.